

He reflexionado largamente sobre lo que podía y lo que debía decir en este homenaje, lo que sería conveniente y adecuado. He llegado a la conclusión que lo más conveniente y más adecuado sería ser consecuente y coherente conmigo misma, y por eso he redactado un pequeño texto con el título:

APRENDER Y ENSEÑAR EN TIEMPOS DE COLERA

Immanuel Kant aún no había postulado *Habe Mut, dich deines eigenen Verstandes zu bedienen!* „Sapere aude!“, "¡Atrévete a pensar!" “Haz uso de la propia razón”, y un joven, llamado Friedrich Schiller, ya hizo esto instintivamente, y durante toda su vida puso la razón por encima de la autoridad, sus órdenes y la obediencia. Le habían enviado a la escuela del Duque Carl Eugen de Wurtemberg, soberano absolutista que creó una academia e introdujo un programa educativo con el cual, a través de becas, también los hijos de artesanos y campesinos debían tener la posibilidad de estudiar para así cambiar un destino predeterminado y progresar socialmente. Estos conceptos correspondían más bien a un absolutismo ilustrado. En la práctica, en la escuela, reinaban sin embargo rigor militar, instrucción autoritaria, mandaba el duque de forma tiránica y no había lugar para la propia voluntad, la autodeterminación y la libertad. La vocación de Schiller, desde joven, era escribir, quiso estudiar Derecho, el duque le obligó a los estudios de medicina. El espíritu libre y rebelde de Schiller aguantó las órdenes, el reglamento, el autoritarismo, pero fueron creciendo su rechazo, su ira, la cólera y cuando le prohibieron escribir y le castigaron por ello, optó por huir del reino del duque para poder crear y vivir en libertad. Más tarde se dedicó también a la docencia en la universidad de Jena, y ahí escribió las fundamentales “*Cartas sobre la educación estética del hombre*”. En ellas desarrolló su pensamiento sobre la educación y la cultura cuyo fin y cuyo contenido deben ser siempre el

hombre y la humanidad entera. En otro tratado, Schiller había cuestionado el Estado y al respecto escribió: *“El propio Estado nunca es el fin. Solo es importante como condición bajo la cual es posible cumplir con el fin de la humanidad, y este fin de la humanidad no es otro que la educación de todas las fuerzas del hombre.”*

¿Por qué hago tanto hincapié en la figura de este alemán universal? “Quizás Schiller nunca puede ser reconocido de forma más adecuada y ganar más efecto que en tiempos de amenazas diversas y contradicciones transcendentales.” Esta frase, escrita en el año 1966, tiene, en los momentos en que vivimos, más significación y validez que nunca.

Mis padres no me llevaron a ninguna escuela de elite, sino a una pública. Los profesores no respondían a ningún soberano, su mentalidad, sin embargo, no estaba a la altura de los tiempos democráticos que se habían iniciado en 1949 con la fundación de la República Federal Alemana, más bien estaba anclada todavía en las épocas autoritarias y totalitarias. El profesor era la autoridad absoluta, cuestionarla era ya casi un delito. De la pedagogía moderna se había leído más bien nada y las clases transcurrían sin que se evocara un poco de interés o motivación, aspectos esenciales para el aprendizaje. A lo largo de los años crecieron el aburrimiento, la frustración, el repudio al comportamiento hipócrita y la injusticia, eran otra vez tiempos de cólera, y como escribe Stéphane Hessel, la indignación lleva a que uno se hace radical, fuerte y comprometido. La escuela y la sociedad entera de aquellos años convirtieron a mi generación en rebeldes que no estaban dispuestos de aceptar lo establecido. Así que cuando empecé mis estudios en la universidad en 1964, existía ya un caldo de cultivo que acumuló el descontento. Y pronto empezarían las protestas, las manifestaciones por los motivos más diversos, pero todas relacionadas con el intento de la democratización de la universidad y de la sociedad en

general. Se proclamó la universidad libre y crítica, la aspiración no era un título, sino profundizar en el pensamiento crítico y analítico, intentar entender los nexos causales que mueven el mundo y siempre hacer uso de la propia razón.

En España, al inicio de la llamada transición a la democracia -truncada, no acabada-, hubo muchas esperanzas para un cambio real, una democratización de la sociedad y de la universidad. Llegaron las reformas, varias, pero con el tiempo no eran un progreso, sino un retroceso. Por último llegó la universidad por puntos, de la eficiencia y excelencia, de evaluación y acreditación continuas que impiden la creatividad y socavan la reflexión; está impuesta desde arriba, sin discusión y participación por parte de aquellos que están afectados directamente, los profesores, los estudiantes, el demás personal, sin resistencia de los rectores, unos sumisos, que saben -o deberían saber- que generaciones de estudiantes serán privados de una formación académica que lleva al pensamiento crítico y analítico, que estudiarán bajo condiciones precarias y se convertirán en precarios. Predomina un único factor, el factor económico que convierte a las personas en objeto. Schiller reivindicaba la educación y la cultura para embellecer a los hombres. La economización es una expresión del poder y degrada y envilece a la gente, la priva de aspectos como participación democrática y autodeterminación, fundamentales para el desarrollo de las personas, deshumaniza toda la sociedad. “Bolonia” lleva consigo la subordinación y es un obstáculo para el uso de la propia razón.

Sin embargo, no sólo hubo cólera en mi vida académica, también hubo alegría y satisfacción. Aprovecho este acto para hacer un pequeño homenaje particular a dos personas. Dos catedráticos se convirtieron para

mí en ejemplo a seguir en mi labor académica, dos que, por cierto, también rechazan la tragedia y el absurdo de “Bolonia”.

Un día en el año 1982, entró en mi despacho un profesor de la facultad de Derecho. Estaba buscando a alguien para traducir un texto al alemán. Yo tuve mis dudas acerca de mi capacidad respecto a la temática pero parece que él me vio como la persona idónea, a la que podía confiar el trabajo. Al primer texto seguían otros, casi uno por año, conferencias, artículos en revistas o capítulos de libros. Llegué a conocer así a los grandes teóricos alemanes del Derecho penal, las diferentes tendencias de la filosofía que ha influido el Derecho penal en los últimos dos siglos, la evolución del Derecho penal en España, la esencia de un Derecho penal en un Estado social y democrático y de Derecho que, por cierto, en España se cumple sólo teóricamente, y también agucé mi vista sobre problemas jurídicos y la Justicia en general. Cada conversación con el profesor Santiago Mir Puig fue una lección porque no sólo es uno de los grandes científicos en la materia, sino también un pedagogo excelente y de una calidad humana extraordinaria. Sus textos eran lo más difícil imaginable, cada uno era una tortura, un martirio; con ellos viví los sufrimientos del traductor en todas sus facetas, pero crecí con los problemas y con el tiempo me convertí en traductora solicitada y loada en este campo de la traducción.

El otro catedrático vino a nuestra facultad para unas conferencias y más tarde pasó con nosotros cuatro semanas como profesor invitado. Burkhard Schaeder era germanista y uno de los más reconocidos profesores de lingüística aplicada en Alemania. Durante su visita se entabló una gran amistad entre él y yo porque nos unían muchos aspectos, no sólo académicos sino también político-ideológicos y hasta algunas paralelas de nuestras vidas. Luis, mi compañero, le tituló “el profe de los profes” que

era el máximo elogio que él podía dar. Su entusiasmo y pasión por su profesión eran contagiosos. Siempre aprendí algo de Burkhard, cada carta de él, cada encuentro enriquecieron mi vida. Nos vimos por última vez en julio del año pasado. En enero me comunicaron que tenía que despedirme de otra persona muy querida.

Pocos datos concretos sobre mi vida académica están en este texto, sin embargo, contiene la esencia de mi pensamiento y de mi vida.

Gracias.